

LA FELICIDAD NO IMPORTA

Por Esther Morales
Hernández

RELATORÍA sobre la pieza de La
felicidad no importa de Tomàs
Aragay / Societat Doctor Alonso

Relatorías Danza en Breve
2026, LAV-C

“La felicidad no importa”.

Por Esther Morales Hernández

Hace años, una profesional de la salud mental me preguntó de forma amenazante por qué me reía cuando le contaba mis dilemas y desgracias. Nunca entendí su reacción. ¿En qué se basaría mi personalidad sin mis episodios de cinismo?

El suceso me vino a la cabeza mientras presenciaba *La felicidad no importa*, un dispositivo de Tomàs Aragay y Societat Doctor Alonso que circula entre lo audiovisual y lo escénico. Concebido como una tríada que contiene más intención que casualidad, el trabajo está constituido por un documental que tiene el privilegio de colarse en una sala de teatro; una batería que no ilustra, sino que relata a través de la música; y un locutor, cuya fuente de dramaturgia es una voz en off que cuenta, desvela y ofrece pistas.

Esta mesa radiofónica toma una amplia parcela de significado, sobre todo en un tiempo en el que el micrófono se ha convertido en el símbolo del podcast e, irremediablemente, de los mensajes acerca de sobreproducción, esfuerzo y meritocracia. En esta performance ejerce, no obstante, como un aliado de ironía, imaginación y benevolencia en torno a la cotidianeidad de su protagonista.

Joan, que así se llama, se levanta todas las mañanas, se sube al coche y llega a su centro de trabajo, un espacio cultural ubicado en una de esas ruinas contemporáneas de las afueras de la ciudad, donde la sinfonía de las autopistas lejanas se mimetiza con el piar de las aves, las malas hierbas y la falta de sombra. Sin que entrara en sus planes, ha cumplido el anhelo de toda la población activa mundial, que viene a ser el de vivir sin prisa y sin grandes preocupaciones. A su alrededor no suceden muchas cosas, de modo que su jornada se basa en ordenar lo que está ordenado, rellenar los tiempos muertos y, de cuando en cuando, acoger recitales de poesía donde otras personas hacen comunidad.

No es como esos gestores culturales que entran en el juego. Él observa, escucha lo que otros dicen, realiza su papel y calla. Mientras tanto, en el mundo tangible —fuera de la pantalla y sobre la sala del Teatro Leal—, se descubre lo que Joan no revela en su monotonía. Apoyado en el texto y su voz, ofrece reflexiones, no como esos momentos del cine en los que se rompe la cuarta pared, sino que construye un confesionario que permite llegar hasta sus pensamientos más profundos. Mientras el día avanza en la pantalla, al unísono se destapa lo que crea con su imaginación, en muchas ocasiones con un discurso cargado de sarcasmo.

Para cerrar el día, un poco más de sorna con una cita Tinder fallida, en la que Joan habla de su trabajo y enfatiza que le permite “tener tiempo”. Ni un ápice de cortisol; ni siquiera cuando la otra persona se va a escondidas y, probablemente, marca el botón de bloquear en el teléfono. Luego a casa, a hacer la cena, a terminar la jornada y a dormir viendo una serie, que habrá que justificar el pago de Netflix.

Rutina, a pesar de todo. Rutina para no tener que pensar mucho. Rutina, porque es lo que toca. Rutina en la soledad. Rutina contra el exceso. Y rutina, para reivindicar más humor de patíbulo.